

## § 2.º—División de campos

Nuestro campo de percepción es doble; pues si por los cinco sentidos clásicos ó externos percibimos el mundo exterior, por análogo mecanismo servido de interiores sentidos, distintos del sentido íntimo ó propiamente psíquico, percibimos las diversas partes de nuestro cuerpo y sus respectivos estados, verificándolo con claridad é intensidad extraordinarias bajo el estado de enfermedad. Debe, pues, cada médico tener educada su doble facultad de percibir, de una parte, aquellos fenómenos que, ocurriendo en tercera persona, puede él apreciarlos como objetivos ó del dominio de sus sentidos exteriores y, de otra parte, aquellos otros que, teniendo por teatro su propio cuerpo, y siendo inaccesibles á los sentidos externos, propios y ajenos, son, sin embargo, perceptibles por el sujeto mismo á beneficio de todos los nervios y aparatos de sentido somático ó interior. De donde la natural división de la estética del explorar en cosmo-estética, ó percepción externa, y *sómato-estética* ó percepción interior del propio cuerpo. Todo cuanto percibimos por modo somato-estético forma parte (no el total) de lo que en otro lugar denominamos *fenómenos subjetivos*. (El resto de éstos lo constituyen los hechos de conciencia intelectual y moral.) De estas dos ramas del percibir, sólo la objetiva ó realizada por los sentidos externos debiera ocuparnos en este lugar. Sin embargo, consignaré de la subjetiva lo más interesante para el práctico que desee beneficiarla.

## § 3.º—Reglas técnicas del buen percibir

**Regla 1.ª** DESPREOCUPACIÓN DEL ÁNIMO.—En perpetuo ridículo dejó el agudo Lafontaine á los observadores preocupados al retratarlos en aquella fábula del astrólogo que,

ansioso por descubrir habitantes en la luna, descubriéndolos al fin, con grande alborozo, cierta noche..... sólo que el supuesto animal de nuestro satélite era un ratoncillo que, mientras el observador tuvo separado el objetivo para limpiarlo, se le había colado en el tubo del telescopio! ¡A cuántos observadores, no obstante el cruel epigrama, se les cuelan ratoncillos y aun ratas de alcantarilla en los sesos, por no llevar al acto de la exploración aquella serenidad, sólo comparable con la del cielo de Madrid en el estío! Por no escarmentar con la aludida fábula de Lafontaine, ni siquiera los mismos astrónomos se han enmendado. Ahora mismo, los más conspicuos de ellos están viendo en el planeta Marte cosas las más estrafalarias, y fundando en ellas las esperanzas más ridículas.

No deje, pues, un solo instante aquel que explora, de vigilarse á sí mismo en punto á *despreocupación*, ó más claro, aunque menos castellano, á *impreocupación* de su ánimo. La imaginación, el deseo, las prendas soltadas y la honrilla comprometida, he aquí los cuatro enemigos del alma del explorador, y en este punto debe cada cual educarse para el buen percibir, operando, no sobre sus veederas y entendederas, sino sobre su voluntad, porque ésta es *el sujeto mismo*, y de ahí que obre tan grandes milagros en la educación de nuestro propio espíritu. No querer ver *mentiras*, tener horror á perder tiempo y crédito en *descubrirlas*, pensando que en ello va una verdadera cuestión de dignidad, tal ha de ser el estado permanente de ánimo de quien explora, séase el que se fuere su objeto de exploración.

**Regla 2.<sup>a</sup>** ESTADO DE INDIFERENCIA DEL SENTIDO.—Sabido es que, si del ánimo ó del encéfalo nacen *alucinaciones* con cargo á preocupaciones exploratorias, objeto de la regla anterior, también de cada sentido, en cuanto tal, pueden surgir *ilusiones*, las cuales son tanto más sensibles cuanto más el explorador ha logrado educarse con áni-

mo sereno é impreocupado y libre, por tanto, de alucinación. Afortunadamente, el estado de indiferencia de nuestros sentidos es del resorte, aunque indirecto, de nuestra voluntad, y como quiera que un sentido no se permite aberrar por capricho y sí sólo por exceso de trabajo en intensidad ó duración (irritación), ó por exceso de descanso (irritabilidad), ó por estados patológicos, no le faltan medios al explorador de oficio, bien para esperar á que el determinado sentido cuyo ejercicio se requiere se haya puesto en condiciones de indiferencia fisiológica, ó de su equivalente la tolerancia patológica, bien, en último caso, para *descontar* de la material percepción aquello que discretamente pueda atribuirse á falta de susceptibilidad ó vicio del sentido. De esta última precaución desgraciadamente han de hacer uso cuantos médicos, atendidos á la dura obligación de su visita y á la penuria de la vida, véñense privados de abstenerse de explorar, teniendo que hacerlo fuera de las requeridas condiciones de indiferencia de sentidos, en particular de los de oído, olfato y vista.

Bueno es, en todo caso, tener entendido que, por ejemplo, unos ojos que acaban de mirar al sol, ó de estar largo tiempo en las tinieblas, ó que sufren alguna forma patológica de orgasmo ó de excitación, son muy suspectos testimonios aplicados á una exploración delicada, y han de ser muy intervenidos por el ánimo del explorador, como testigos cuyas declaraciones no merecen gran confianza.

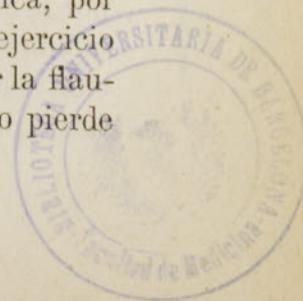
**Regla 3.<sup>a</sup>** MEDIDAS DEL EJERCICIO.—Prolijos experimentos han hecho y hacen aún los pedagogos en averiguación de cuál sea la medida fisiológica de diversos ejercicios. No doy superior importancia á tales indagaciones: así los niños como los adultos (que en esto y mucho más no pasamos de niños grandes), son muy susceptibles para sentir los primeros asomos del cansancio; mas sólo en el trabajo ingrato dan muestras de advertirlo: en el grato, entre adultos, en cualquiera labor que, si bien ingrata, nos

retiene, ó por rigor de respeto á la obligación, ó por negra honrilla, desoímos la advertencia de fatiga que los órganos cansados nos dirigen. De ahí en toda edad la voluntaria persistencia en una tarea á despecho de la fatiga sentida, y los perjuicios, cuando no estragos, á ello consiguientes.—Mas, como lo que en este lugar importa no es el daño del individuo sino el de la tarea, bastará consignar que toda exploración á sentido cansado es perjudicial á la correcta percepción, y que, por este solo concepto, conviene que toda exploración ocasionada á impresiones de sentido violentas por cualquier modo, sea interrumpida tan pronto se sientan indicios de fatiga sensual ó perceptiva, es decir, de la del sentido ó de la del cerebro. Esta interrupción no supone levantar la sesión exploratoria; no hay cosa más agradecida que nuestro organismo, pues á poco que se le dé satisfacción, á menudo con un solo minuto de reposo, vuelve en sí, prestándose á ulterior inmediato trabajo. Lo que desmoraliza á un órgano por ser ello realmente inmoral de suyo, es la tiranía; y del propio modo que nosotros nos indignaríamos de que un capataz nos negara en la fatiga un respiro, así se irrita cualquier órgano si en igual caso se lo niega su señor. Un órgano cansado es una estufa que no arde bien, porque sus propias cenizas le ciegan el tiro, y lo que necesita no es ni fuelle ni más carbón, sino un pase de tenazas. Procure, pues, el explorador atender á las primeras quejas del órgano laborante: en esto todo órgano habla claro; no hay más que saber entenderle y atenderle. Este consejo es de suma trascendencia, por cuanto la economía de un sin fin de pequeños abusos de trabajo libra de vejez prematura los órganos que cada cual lleva más obligados á fatiga en su profesional tarea.

**Regla 4.<sup>a</sup>** DESCANSO ABSOLUTO.—Este consiste, como su calificativo expresa, en la cesación temporal de todo trabajo útil ó transitivo, quedando reducido el órgano á

trabajo interior ó intransitivo (nutricio, eferente y aferente). Tan fácil de conocer es la medida fisiológica del descanso absoluto, como hemos visto que lo es la del trabajo por la sensación inicial clara del cansancio. Nuestros órganos, como nosotros mismos, su representación subjetiva, se cansan de descansar, y este negativo cansancio se expresa elocuentemente por *apetencia de trabajo útil*, promovida por exceso de principios endocósmicos reductibles en espera de reducción. De suerte que, si el primer exceso de cenizas orgánicas da aviso de cansancio, el menor exceso de combustible en espera de reducción, da aviso de apetencia de acción. Hasta aquí todo es muy llano, reduciéndose á que las ganas de trabajar de un órgano son fiel expresión de su cansancio de descanso. Mas no siempre esto es verdad práctica. Donde y cuando quiera que un órgano ha llegado á un hábito irritativo crónico y quizás progresivo por efectos de reiterados abusos de trabajo, es propenso á una falsa hambre, como la que acusan muchos estómagos enfermizos por pecados de gula y, entonces, el órgano que se encuentre en semejante caso debe ser objeto de un peculiar régimen por parte de su dueño, y así, aplicado el caso á las tareas exploratorias, conviene que el clínico viva advertido, á fin de proporcionar en determinadas circunstancias al órgano poseído de *irritación larvada*, un descanso absoluto más duradero que el reclamado por el órgano mismo. La propia historia ilustrará á cada cual en los casos dudosos sobre si la apetencia de un sentido dado es signo de potencia ó de larvada irritación.

**Regla 5.<sup>a</sup>** DESCANSO RELATIVO.—Se necesita haber visto y observado muchísimo para hacerse cargo de *cuán relativa es la idea del cansancio*. Sólo así se explica, por ejemplo, cómo el flautista que por abuso de ejercicio *pierde el labio*, únicamente lo pierde para embocar la flauta, y cómo el escribiente que *pierde el pulgar*, lo pierde



sólo para mantener en posición la pluma, etc., etc.; quedando en todos los casos el *perdido* órgano tan poderoso, ágil y hábil para todos los demás usos como si nada le hubiese acontecido. De ahí el ser muy grande recurso para el aprovechamiento del tiempo y la consiguiente utilización de la vida, el apelar al descanso relativo, sobre todo cuando se trata de órganos ya de suyo muy activos, y además muy concurrentes á las tareas profesionales. Con ello se refresca en poco rato la aptitud de un determinado órgano ó aparato para la vuelta á aquella función perceptiva ó ejecutiva cuyo cabal desempeño más nos interesa. Para ello nada tan conveniente como la relación de contraste: así los grabadores, los litógrafos, los talladores de diamantes y demás artistas cuya ocupación es miópica, tienen siempre su taller en sitio, no sólo claro, sino además alto, muy dominante, y de este modo, sin levantar mano de su labor, extienden, por la misma ventana que los alumbraba, la vista á lo más lejano de tierra y cielo, compensando por un breve esparcimiento presbítico la cortedad y astigmatismo de visión que la menuda labor promueve con la persistencia en la acomodación opuesta. Lejos, pues, de ser perjudicial al bien percibir ni á la salud local la laboriosidad perceptiva, es en alto grado higiénica, á condición de apelar con proporcionada frecuencia al descanso relativo, y fundar éste en relaciones de contraste fisiológico entre las sucesivas ocupaciones.

Por este concepto, nuestra profesión ofrece dos opuestos extremos: en la práctica general, es distraída é higiénica, por la incesante variedad de temas que ofrece á nuestras facultades exploratorias; al paso que en toda práctica especial, *clínica* ó *académica*, resulta molesta y perniciosa por la persistencia sobre un determinado orden de exploraciones. Nada más fácil, sin embargo, que establecer, bien sea en consultorios muy concurridos, bien en laboratorios de muy animada actividad, proporcionados espacios

de relativo descanso. Así, al consultor le es dado aplazar breve rato ciertas exploraciones, merced á alguna mayor detención en la parte subjetiva del caso y al consiguiente ejercicio de la atención moral, y cuanto al experimentador, no le faltan á éste motivos para variar sus formas de actividad técnica, si toma para este fin la precaución de llevar siempre paralelamente adelante dos ó más tareas de naturaleza entre sí muy distinta. De suerte que, por ejemplo, el histólogo puede pasar, por vía de relativo descanso, de su instalación micrográfica al cuidado y buen gobierno del vivero, ó á la continuación de unos ensayos macro-químicos de humores.

**Regla 6.<sup>a</sup>** REITERACIÓN DE PRUEBAS.— Al reflexionar acerca de lo complejo que es el fenómeno de más sencilla apariencia que pueda la naturaleza ofrecer á nuestra exploración, echamos de ver cuán difícil es que en el explorar logremos, como suele decirse, atar todos los cabos. ¿Quién había de decirle al inventor del termómetro que su valioso hijo, engendrado al parecer con todas las garantías de infalibilidad y duración, había de nacer expuesto á caer en falacias y hasta en achaques crónicos incurables? Pregúntese sobre esto á los astrónomos de Observatorio, y véase lo que contestan. Sus mejores termómetros son consultados para diagnosticar enfermedades de algunos otros que un día fueron muy buenos, y aun entre aquéllos, alguno que otro pasa el mejor día al arsenal de inválidos. ¿Quién asimismo pudo imaginar que una invención tan sencilla y segura como la del péndulo, basada solamente, al parecer, en la resultante de la gravitación y la inercia, había de exigir, andando el tiempo, un nuevo invento, el de las varillas de compensación de las variaciones térmicas, so pena de resultar inútil el péndulo para sus casos de aplicación más preciados? No se contó desde un principio con la intervención de la temperatura en el resultado; pero en su día el calor se alzó de su injusta preterición y

fué menester atenderle. En esta dificultad de atar todos los cabos de un fenómeno natural, por sencillo que éste parezca, está la principal causa de ruina de muchos inventores.

Ahora bien; si tan difícil es atar todos los cabos de un fenómeno físico ó químico de los más elementales, ¿hasta qué extremo no ha de ser arduo, casi imposible, abarcar el conjunto de los fenómenos superiores de la vida, objeto de exploración médica?

Ante tamaña dificultad, es deber de conciencia de todo explorador suplir con la constancia en comprobar, su falta de potencia para descubrir *à priori* todas las condiciones y todos los elementos de aquello que explora. A este fin va encaminada la regla de *reiteración de pruebas* sobre cada determinado fenómeno sujeto á nuestro examen. Por lo mismo que la naturaleza es de suyo tan inquieta como complicada, tal elemento oculto, que no se reveló en una primera prueba, se acusará en una segunda, tercera ó..... centésima.

Nadie, pues, funde su juicio en una sola exploración, á poco que le sea dable reiterarla; pues de fijo que por esta repetición prudente, ó descubrirá nuevos inesperados elementos de lo explorado ó, cuando menos, dominará mejor el conocimiento de los ya descubiertos.

**Regla 7.<sup>a</sup>** EFICAZ ATENCIÓN.—Lo que llamamos experiencia sobre cosas ó fenómenos es algo más que el resultado de haberlos *percibido* una sola vez; consiste, propiamente hablando, en el hábito contraído de su percepción. De suerte, que la ley psicológica del hábito será la que rija toda acumulación de experiencia. Esta ley la expresó el insigne Bichat diciendo que «*el hábito embota la sensibilidad y perfecciona el juicio*»; con lo cual nos legó una sentencia cierta, pero incompleta; una verdad psicológica teórica, á la cual falta algo para que resulte práctica. La completa verdad, en mi sentir, es que *el hábito embota la sensibi-*

lidad y perfecciona el juicio; pero, á la larga, también embota nuestro interés por el contenido del juicio mismo. Al fin y al cabo, el interés, como causa de eficaz atención, constituye un hecho psicológico del orden sensitivo, y aunque de categoría superior al de la impresionabilidad periférica, no por eso se exime de obedecer, al par de ésta, la ley general de la sensibilidad. Así se explica cómo el mismo hábito, que en su primer período embota la sensibilidad bajo el influjo del interés que el sujeto tiene en perfeccionar su juicio acerca de lo percibido, embota más tarde ese interés, una vez obtenido ese anhelado juicio, y lo embota bajo el influjo de otros nuevos impulsos de ver y juzgar, provocados por objetos ó fenómenos nunca vistos por nosotros ni juzgados. Este embotamiento de interés hacia un objeto, presente ó ausente, del cual tenemos formado por hábito un perfecto juicio, constituye lo que en lenguaje práctico ordinario llamamos distracción, y por ella se explican los errores graves ó leves que fácilmente cometemos en asuntos de los cuales poseemos juicio habitual y hasta magistral experiencia. Así, proponiéndonos un ejemplo vulgar y frecuente, vemos con qué facilidad el transeunte más conocedor de la Puerta del Sol y de sus cruces de carruajes, es atropellado por un coche ó un tranvía, sin más causa que el estar distraído, ó sea tener puesta su eficaz atención en persona ó cosa que en aquel momento fija su interés perceptivo, con lo cual basta para que se porte como el mayor ignorante de las condiciones y los riesgos de aquel céntrico lugar, á despecho del perfecto habitual conocimiento que de él posee. Y es que la percepción, que es una especie de consorcio entre nuestro espíritu y cada uno de los objetos exteriores, tiene también su *luna de miel*, que es el período de vivo interés que en conocerle á perfecto juicio ponemos, y pasado este período, vencida la dificultad, logrado el perfecto juicio, ya nuestro interés, veleidoso de suyo como todo lo del orden sensitivo, se fija en

otros objetos nuevos, en otras nuevas conquistas. Así, quien anda por vez primera un camino, más disfruta que el que conoce las bellezas del territorio transitado; luego, al recorrerlo un día y otro, va conociéndolas más de lo que las disfruta, interesado como está en su conocimiento (hasta aquí la ley de Bichat): empero mi adición á la ley advierte que en cuanto nuestro viandante ha obtenido perfecto juicio de la referida comarca, ya anda distraído su camino; ya pasada su *luna de miel* con aquel nuevo conocimiento, lo desatiende, y á tal punto, que es posible le ocurran en aquel lugar lances ó fracasos que no le hubieran pasado cuando en aquella luna de miel del recorrerlo atendía á todos los pasos y accidentes con reflexiva y curiosa mirada.

Las precedentes reflexiones nos advierten: 1.º, que si el hábito embota nuestra sensibilidad, por reiteración de impresiones, también embota nuestro interés perceptivo, por reiteración de perfectos juicios, y que ambos á dos embotamientos constituyen meros casos particulares de la ley de nuestra sensibilidad; 2.º, que todo conocimiento equivale á la más crasa ignorancia mientras no le hace efectivo nuestra eficaz atención en él, ó en términos generales, que nuestro cerebro es inmensa y tenebrosa biblioteca de un saber meramente virtual, que sólo se hace efectivo mediante dirigir la voluntad su potente reflector de *eficaz atención* á un punto dado de las estanterías mentales para cada determinado momento de nuestras racionales necesidades; y 3.º, que para los efectos psicológico-prácticos, no basta para ser un pozo de ciencia ser un pozo de experiencia en cosas y hechos de un orden dado, sino que el más sabio y experto resulta de hecho ignorante y torpe, si no alumbra para cada particular caso de la vida sus actos con los destellos verdaderamente solares de una atención eficaz.

Y ahora, si por acaso mañana un médico viejo, muy

experto, diestro y famoso en achaques, v. gr., ginecológicos, califícase de leve y transitorio un desorden cardíaco en una joven paliducha y averiada de menstruos, y luego un colega de aquél, jovencito y aprovechado, aunque todavía poco experto, acertase á descubrir, por sólo hallarse en la luna de miel del hábito exploratorio, que aquello no es la consabida cardio-neurosis, tan de esperar dentro del sexo, la edad y el aspecto de la paciente, sino un principio manifiesto de lesión orgánica del corazón, ¿podrá achacarse á inexperiencia ni á impericia el fracaso del primero de ambos médicos, siendo precisamente él el famoso por experto y diestro? Claro que no: su pecado ha consistido en *falta de atención eficaz*, originada del *embotamiento de interés*, del exceso de confianza en el propio juicio habitual tantas y tantas veces confirmado por propia experiencia.

Esta confianza exploratoria, nacida de embotamiento del interés, se parece y estoy por decir que es igual á la que entre amantes nace del tránsito del amor á la costumbre y, como ésta, es muy ocasionada á infidelidades, como la que forma el argumento de nuestro clínico ejemplo.

Y como quiera que esas decepciones son en la práctica médica tan frecuentes que apenas hay facultativo joven que no haya dado tal cual cuchillada á maestros, ni maestro, especialista ó general, que no las haya recibido de algún aprovechado mozalvete, no me cansaré de encarecer la importancia de este principio de conducta clínica: á la hora de explorar es indispensable prestar á la cosa explorada la más eficaz atención; hágalo el poco experto para suplir su falta de hábito perceptivo; hágalo el experto, si lo fuere mucho, precisamente por lo propenso que el hábito excesivo es al embotamiento del interés intelectual.

Procedan uno y otro como suele proceder quien se

halla en la luna de miel del perfecto juicio exploratorio: que, al fin, la experiencia, como la mujer, no gusta de que se tenga en ella una confianza excesiva nacida de frialdad, sino una confianza prudente, inspirada por el amor, pero despierta siempre y avisada ante cualquier motivo de recelo.

#### § 4.º—Valor clínico del hábito perceptivo interno

Las siete expuestas reglas son comunes, por su carácter general, á entrambos campos perceptivos, el externo y el interno, el objetivo y el subjetivo; mas para mejor juzgar del valor clínico del segundo, objeto particular de este párrafo, expondré sucintamente algunas consideraciones acerca de lo especial del campo sómato-estético, y aun del auto-estético como lugares de percepción respectivamente interna é íntima. Nada se dice de esto en libros de Medicina, y es lástima, á fe, pues hace falta.

Cierto es, indiscutible, que el Arte exploratoria tiene un fin exclusivamente objetivo, como á su vez lo tiene de todo en todo subjetivo el Arte informatoria; empero es también innegable que unidas entrambas artes por el superior concepto de *Examen del caso*, en algo de común, de genérico han de identificarse una y otra, y ese *algo* es la *esencia objetiva* de todo cuanto en lo externo como en lo interno, en lo objetivo como en lo subjetivo, se presta á ser percibido, ó mejor dicho, *aprehendido*, *cogido* por el sujeto. Así, tan objeto es para mi espíritu (ó para el *ánima* de un caballo, pues mi observación es psicológica general) el árbol visto, el trueno oído, el suelo pisado, etc., como el pinchazo fraguado en un pie, el placer promovido por el estómago, las palpitaciones del propio corazón, y cuanto al hombre, hasta su propia personalidad (sujeto), presentada inmediatamente ante sí misma, como *objeto* de

contemplación ó de estudio, de felicidad ó de remordimiento, etc., etc. De ahí que, en recta *Estética clínica*, todo lo percibido es por esencia objetivo; todo, hasta el propio sujeto, como objeto de sí propio; todo, en fin, *menos* el sujeto mismo en cuanto *perceptor*. Ahora se comprenderá—dicho sea de paso—cómo he sido tan rígido al definir la educación perceptiva, condenando por bárbara la frase usual de «educar los sentidos»: en sana *Estética* no hay más educando que el sujeto, y aun para el solo efecto de funcionar como tal sujeto, pues en cuanto objeto de su pensamiento, podrá resultar mejor ó peor *percibido*, mas no en modo alguno *percibidor* ó *perceptor*.

Ahora bien; mundo, cuerpo propio y hasta el mismo espíritu, en cuanto objeto, todos llegan á noticia del *sujeto* por *idénticas* vías, sólo variadas en su forma y lugar, y bajo idénticas leyes, sin excepción ni exención alguna. Esto facilita en gran manera al médico (si es que tiene alguna experiencia acumulada de percepciones sómato-estéticas ó de su propio cuerpo, y hasta auto-estéticas ó *de sí mismo*), una estimación *cuasi perceptiva* de los fenómenos internos que el enfermo acusa, tanto en su relato cuanto en el interrogatorio.

Por tanto, visto el fondo común de objetividad que enlaza *en esencia* las dos especies de fenómenos respectivamente llamados *objetivos* y *subjetivos* (que yo denomino con más rigor cosmo-estéticos y sómato-estéticos), y teniendo en cuenta que en el examen de un caso es muy conveniente al médico ver claro hasta qué punto el Arte informatoria y el Arte exploratoria se compenentran influidas por la comunidad esencial de sus contenidos, debemos deducir lo siguiente:

**Conclusión primera, relativa al campo de observación.** Que el único abonado recurso para la mejor inteligencia de lo subjetivo que los enfermos acusan en relatos y diálogos, es educarse el médico en la percepción subjetiva de

su propia individualidad, así física como psíquica, y así en salud como en enfermedad y tratamiento.

**Conclusión segunda, relativa al método.**—Que las reglas para la sómato-estesis ó percepción interna, según llevo dicho, son las mismas que acabo de dar para la cosmo-estesis ó percepción objetiva del mundo, incluso el cuerpo del enfermo y hasta el propio, en cuanto examinado por nuestros sentidos externos. Sólo la *Regla 2.<sup>a</sup>* sufrirá una variación reducida á leer «Estado de indiferencia *del cerebro*», en lugar de «Estado de indiferencia *del sentido*»; variación meramente formal, por cuanto en la esfera psíquica es el cerebro, por su condición de órgano representativo interno, el verdadero y único sentido para todas las *percepciones inmediatas* ó de conciencia, sin excepción, inclusa la del sujeto por acto reflejo ante sí mismo. Estamos hechos de esta manera en cuanto seres vivientes, y en vano será dar vueltas, ya ultra materialistas, ya ultra espiritualistas, en busca de otra. De lo que pueda ser ó sea de la *psije* humana en sí misma, concebida por la fe, más allá de los alcances de la ciencia, tengo dicho sin la menor reserva en mi obra de PATOL. GRAL., t. II, págs. 608-16, cuanto me figuro saber.

En las dos precedentes *conclusiones* se comprende, para quien goce mediana penetración, un plan completo de educación subjetiva general, encaminada al buen conocimiento de sí mismo, y de educación subjetiva médica para la mejor inteligencia de los enfermos.

En diversos otros lugares de este libro, uno de ellos la AFORÍSTICA, haré acerca del particular indicaciones que en el presente Tratado resultarían impropias.

## ARTÍCULO SEGUNDO

**Técnica fundamental manipulatoria**

## § único.—Reglas técnicas del buen manipular

**Regla 1.<sup>a</sup>** ACCIÓN METÓDICA.—El método es el alma de toda artística acción. No se entienda por esto que hemos de ejecutar los actos técnicos profesionales como aprenden los reclutas el ejercicio, no: uno es el *aprender*; otro el *ejecutar*; precisamente por esto llamo *alma* al método, porque no se ve. Diré más: el método que se deja ver no es método, como el alma que se pudiera ver no sería alma. La razón de ello no puede ser más clara. Hallar el método de un arte cualquiera es descubrir la *naturalidad* de su proceder, y pues lo natural no se busca para postizo, sino para que se convierta en *connatural*, de ahí que de ningún ejecutante se deba afirmar que es artista en aquello que ejecuta, mientras en su acción el método se le ve por de fuera como armazón de cañas que mantiene enderezada una clavellina. El método, como el alma, se debe sólo *traslucir* en fuerza de andar connaturalizado con el ejecutante. ¿Hay acción más descuidada, al parecer, que el cabalgar de un consumado jinete? Y, sin embargo, los del oficio y hasta las gentes más incapaces de montar, traslucen, por lo peculiar y sereno de aquel abandonado porte, la maestría del caballero. Conócelo esto por instinto el propio caballo, y si por acaso le da por distraerse de esclavo para hacer alguna caballada, entonces, como el rayo, no menos pronto, yérguese nuestro jinete dominando la bestia, hechos ambos una sola pieza como estatua ecuestre.

Así debe llevarse el método en toda acción, por dentro, como llevamos los huesos, no por fuera, como llevaríamos un aparato ortopédico. Mas para que el método se interne,

para que se identifique con nosotros, para que sea acción ya connatural, requiérese, aun en lo más sencillo, ejemplar ejercicio, ó sea, el eterno «*uno, dos..... uno, dos.....*» del paciente recluta. En cambio, con esta condición de connaturalidad, el actuante y el objeto ó la persona sobre quien se actúa, libranse respectivamente de azares, tribulaciones, deslucimientos y perjuicios inherentes, por olvido, distracción, torpeza, cortedad, etc., á todo lo que antes calificué de *método postizo*, ó para cuya aplicación magistral está aún verde el ejecutante. Cuando un método, además de ser bueno en sí mismo por *natural*, está identificado ya con la persona que lo aplica, le es á ésta el confundirse tan remota contingencia, como el caerse si echa á andar, ó equivocarse de conducto si se pone á comer; en fin, que ya actúa bien, porque le sería muy difícil hacerlo de mala manera.

Acerca de la acción metódica diré, pues, en conclusión, que quien tenga bastante pudor para temer el ridículo propio, y suficiente probidad para no afrontar el mal ajeno, guárdese, como manipulador, de echarse á mariposa sin haber cumplido el tiempo de crisálida que, según su individual capacidad necesite, para volar con la seguridad y gracia que los vuelos técnicos requieren.

**Regla 2.<sup>a</sup>** HÁBITO ARRAIGADO.—Por la condición anterior, se exige un resultado: la connaturalización del método; por la presente, se impone el sistema apropiado para lograr esta identificación del método ejecutivo con el sujeto ejecutor. Si tan extraordinaria fuere la aptitud práctica de éste, extraordinaria será en proporción la rapidez con que se identifique determinados procedimientos; mas, como sea norma pedagógica dictar las reglas según el promedio de las aptitudes, conviene fijar las más acomodadas al mayor número de manipuladores.

Diré, pues, que si al tratar del resultado puse por condición artística del ejercicio profesional la desaparición de

todo alarde exterior metódico, merced á la connaturalización del método con el ejecutante, aquí, para los efectos de arraigar el hábito manipulatorio á favor del ejercicio educativo que dispone para el profesional, debo recomendar en gran manera aquello mismo que para el éxito y lucimiento profesionales condené al tratar de la acción metódica; esto es, los frecuentes, dilatados y muy formales *ejercicios de recluta*. Aquel «¡uno!..... ¡dos!..... ¡tres!» tan enojoso para hecho como ridículo para visto, aquello, precisamente, será en toda forma de enseñanza ejecutiva lo que prepare la maestría de acción. En Bellas Artes es donde se rinde más ferviente culto á esta verdad; en ellas, ni Velázquez, ni Miguel Angel, ni Paganini se creyeran dignos y seguros de su fama si no hicieran, por sostenerla y aumentarla, cotidianos ejercicios de lo más elemental, de lo propio de reclutas de su técnica. Y en verdad que muy bien hallado se contemplará quien en la esfera de lo técnico exploratorio imite á los artistas. Merced á este prolongado ejercicio metódico elemental, el organismo humano va como creando nuevos sistemas coordinados de movimientos que, violentos en un principio por no acostumbrados, voluntarios no difíciles luego, fáciles y casi indeliberados más tarde, acaban, cual injerto, por *anastomosarse*, fundirse, identificarse con nuestro sistema general de coordinaciones instintivas, engendrando una verdadera acción inconscia, tan certera, indeliberada y diestra como el andar, el mirar, el correr, el respirar ó el digerir. De ahí la estimación que gozan en el mundo cuantos logran esta suprema perfección ejecutiva y el descanso con que el más pusilánime enfermo se entrega á un médico que goce fama de poseerla. Pudiera, por tanto, asegurarse que en el orden ejecutivo la perfección humana está en que de sus actos artísticos pueda inhibirse la voluntad, sin detrimento y hasta con mayor perfección del resultado.

Mas no para aquí la excelencia del *hábito arraigado*, puesto que, aparte la infalibilidad ejecutiva que en el orden metódico, ó de mero procedimiento, nos proporciona, granjéanos otra que nace de la acumulación de experiencia de cosas y hechos relativos á nuestro arte. Así, en Medicina, quien mucho se ejercita, por ejemplo, en auscultaciones ó percusiones metódicas elementales, mucho también se amaestra en el conocimiento y dominio de las resistencias y consistencias parietales de las diversas regiones del cuerpo, y en la exquisita distinción de los ruidos internos observables.

**Regla 3.<sup>a</sup>** RESERVA DE ESFUERZO.—Bien dice el refrán: «Más vale maña que fuerza»; porque, en verdad, el resultado de toda manipulación está en la congruencia de la acción con su objeto final; no en la ciega acumulación de energía. Gran máxima es ésta en lo que toca á la economía de acción, y muy recomendable, por tanto, en todo proceso ejecutivo; mas adviértase que lo exigido por la Regla en que ahora me ocupo, no es la *economía* de la fuerza disponible, sino la *garantía de un notable exceso* de ésta sobre la necesaria á la obtención del resultado propuesto en cada caso. Sin contar con tal reserva, es absolutamente imposible ejecutar cosa alguna con destreza, soltura, habilidad, tino, gracia ni otro alguno de los diversos atributos que el éxito requiere, según sea la especie de la acción. Así, de un bailarín diremos que no tiene gracia ni soltura, y de un médico afirmaremos que carece de tino y destreza, si cada cual aplica á su tarea, como el leñador á su faena, toda la fuerza de que naturalmente dispone. Y la razón de ello es obvia: quien trabaja al máximo de su energía, no puede resultar hábil, ni diestro, ni suelto, ni atinado, etc.; simplemente porque se pone rígido, y la rigidez es incompatible con las filigranas de motilidad, que la habilidad, el tino, la soltura y demás sinónimos de una acción delicada y certera exigen. Así, no hay destreza,

ni la del mismo leñador, si éste es maestro en su faena, que no implique la reserva de un tanto de la energía muscular total, en beneficio de la perfección de la tarea.

De estas verdades deduciremos el siguiente consejo técnico: quien para una determinada especie de manipulación vea que ha de echar mano de toda su fuerza naturalmente disponible, renuncie á practicarla.

Mayor aplicación médica de la que á primera vista parece tiene esta condición de la reserva de esfuerzo, y no tanto aún por la cuantía absoluta de energía muscular que muchas manipulaciones quirúrgicas reclaman, cuanto por lo penoso y violento de la actitud que para su ejecución debemos con frecuencia guardar; pues sabido es que el mantenimiento de posturas violentas implica un gran dispendio de fuerza. En verdad, no faltan casos, por ejemplo, de luxación en junturas mayores, donde el médico necesite disponer de más que regulares fuerzas. Mas en tales ocasiones puedo, por experiencia propia, asegurar que no hay necesidad de una total inversión, siempre contraproducente, de las fuerzas propias. Encomiende el cirujano la sustentación de su propio cuerpo en adecuada postura á persona forzada, que le retenga por la espalda ó por un flanco, bien ceñida con ambos brazos la base del pecho y, desde aquel punto, le quedará disponible al operador toda su energía para llevar á brazos y tórax la necesaria, bajo forma de trabajo tranquilo, sereno, de destreza y tino. En tales situaciones, se siente uno con cierto poder hercúleo, hallándose con tanta energía disponible por haber *cubierto de prestado* los gastos para la base de sustentación.

Claro que en las manipulaciones exploratorias no ocurren casos de tamaña exigencia de fuerzas; empero se dan no pocos de incómoda y hasta violenta postura. Pensando en éstas se me ha ocurrido hablar de las quirúrgicas, toda vez que la traza algunas veces adoptada por mí, en casos

de arduas reducciones, quizá sirva (aparte la utilidad que algún cirujano pueda reportar de ella) para demostrar cuánto tiene adelantado en el manipular con naturalidad y destreza, operando ó explorando, quien puede guardar en su tarea una cómoda postura, ó lo que es lo mismo, quien tenga sosegada ó garantida su base de sustentación.

**Regla 4.<sup>a</sup>** PRECAUCIÓN Y PREVISIÓN.—Sinónimos parecen estos dos vocablos, mas distan mucho de serlo. Por «precaución» se entiende la mira puesta en evitar torpezas propias, y por «previsión» la mira puesta en las contingencias nacidas del objeto (persona ó cosa) á que aplicamos nuestra manipulación. Así, por ejemplo, andará *precauido* quien, al practicar una punción hidrocélica exploratoria, á fin de proceder á un buen reconocimiento de testículo, procure librar del menor rasguño la túnica vaginal, y andará *previsor* quien, al examinar un útero de hábito hemorrágico, tenga á mano los coercitivos necesarios contra la eventualidad de que, á despecho de la más correcta «precaución», ocurra durante el acto ó inmediatamente después una hemorragia de las que espontáneamente la enferma explorada sufre. De todos modos, no reñiría ahora con el menor de los académicos por mi distinción de términos: pues basta á mi propósito haber demostrado que las ideas á que éstos corresponden son distintas. Defenderíalos, sin embargo, en cualquiera otra ocasión, por etimológicamente adecuados.

Regla es ésta que no demanda más extensas explicaciones, sino que cada cual, según su cumplido y debido entender, procure la más correcta manipulación para que no degeneren en atolondrada ó temeraria.

**Regla 5.<sup>a</sup>** MIRAMIENTOS OBJETIVOS.—Si el relojero que explora la causa del mal andar de un reloj se considera industrialmente obligado á tratar con todo miramiento las diversas piezas de que éste se compone, de suerte que, al

remontarle, no quede ni en la ranura de torsión de un solo tornillo el menor rastro de la exploración sufrida, ¿á qué extremo no llegarán los deberes profesionales de un explorador del cuerpo humano? Tal es el médico en el delicado acto de escudriñar por las interioridades del organismo enfermo las lesiones. Y si bien para tal inquirimiento el facultativo no ha de intentar, por punto general, cosa alguna equivalente á un desmonte de órganos, debe en cambio, al removerlos, dilatarlos, percutirlos, etc., etc., evitar que, por vivos y susceptibles, provoquen sufrimiento ó lesión, lo cual exige miramientos más extremados que los inherentes á la desmontadura y reposición de un reloj, á un tiempo inerte y desarmable por ser artefacto.

Si tan grande es la consideración que debe acompañar á todo acto exploratorio del cuerpo del hombre, en cuanto vivo y sensible, mayor aún, si cabe, resulta el miramiento reclamado por dicho cuerpo, en cuanto humano, cuando se trata de algunas de las varias exploraciones sobre órganos ó regiones objeto de pudor para el enfermo y aun de posibilidad de incentivo sensual para el médico.

En este particular se da en el mundo el caso, al parecer extraño, mas en realidad muy explicable á mi juicio, de que los pueblos de carácter más positivo, material, utilitario y despreocupados, como son los anglo-sajones, resulten los que llevan á mayor rigidez los miramientos al pudor humano en general, y muy extremadamente al femenino. En tales pueblos, donde el pudor de lenguaje llega al extremo de que vocablos significativos de partes del cuerpo, no ya pudendas, sino habitualmente recatadas, como «muslo», «pierna», jamás se pronuncien en buena sociedad, no se concibe siquiera el que una enferma se descubra de cintura abajo para que el médico le practique, v. gr., la histeroscopia, sino que, mediante una manta, provista del suficiente ojal, préstase honestamente aquélla á la inspección del *médico*, sin escándalo de la

mirada del hombre. Durante largos años, en la Europa continental, ni médicos ni clientes se dieron por entendidos del ejemplo inglés y norteamericano; mas hoy el influjo de tan decorosas precauciones comienza á sentirse, y esos que entre nosotros se calificaban de escrúpulos monjiles, por ser inmemoriales en los conventos, van haciéndose de *buen tono*. ¡Benedicida sea la moda, las raras veces que pone en predicamento cosa buena, y que sólo por buena nunca hubiera prosperado!

El fundamento práctico de este rigor está en que, con mostrar de su interior la mujer más de lo necesario para una perfecta y completa exploración, el hábito pudoroso de ella no gana, sino que algo pierde, á despecho de la contrariedad moral que el acto le causa, ni tampoco en determinados casos beneficia, sino que algo cede aquello que llamaré la *intima moralidad* del facultativo, por más que en la externa mantenga un correcto estoicismo profesional.

En ningún caso, sin embargo, le toca al médico imponer á sus clientes más grados de pudor que los que ellos aparentan ó sienten y, así, convendrá que, al intimar á mujer joven ó anciana y hasta á varones jóvenes, de suyo recatados, alguna exploración relacionada con la honestidad, adivine el médico, en un santiamén, cuál es en esto el fuerte ó el flaco del enfermo, y obre en consecuencia, aunque siempre bajo el principio clínico incontrastable de que la exploración no induzca, por consideraciones de pudor, el más mínimo detrimento al diagnóstico.

## SECCIÓN SEGUNDA

## TÉCNICA ESPECIAL CLÍNICA

## ARTÍCULO PRIMERO

**Máximas didácticas comunes**

**Máxima I.**—Indispensable antecedente es, para la formación de un buen explorador clínico, el estar bien ejercitado en disección y vivisección: lo primero presta discernimiento perceptivo; lo segundo, tino manipulatorio.

COMENTARIO.—Si bien se reflexiona, la exploración diagnóstica redúcese, por la naturaleza de sus actos, á una variedad incruenta de la Cirugía, y por esto las prácticas disectórica y vivisectórica constituyen base común á entrambas técnicas. Así, por ejemplo, el extirpar un tumor laringeo ó cervi-uterino, es dar carácter cruento á un caso de laringoscopia ó á un acto de histeroscopia, á tal punto que la seguridad de la acción operatoria depende, *cæteris paribus*, de la maestría en la colocación y gobierno del instrumental exploratorio. Esta verdad, con ser perpetua de suyo, hácese de día en día más efectiva, merced á la marcha penetrante del arte exploratoria, la cual, á cada paso que avanza hacia lo interior de nuestro cuerpo, brinda á la Cirugía nueva ocasión de practicar más hondas operaciones, y pues toda exploración, al par que toda operación quirúrgica, cruenta ó incruenta, requiere como antecedente material el práctico dominio de algún lugar anatómico y, como antecedente mecánico, el hábito de trabajar bien á despecho de las resistencias orgánicas locales y hasta individuales, y sólo la disección y la vivi-

sección pueden educar para el caso la percepción y la acción, resulta evidente la verdad de la *máxima* que comentamos.

Entre los particulares beneficios de las dos referidas prácticas, descuella, por el poder que infunde, el de la facilidad de sustitución de la vista por el tacto. Ventaja es ésta tan grande, que sólo quien la tiene adquirida puede formarse de su trascendencia una cabal idea. La práctica de disección desenvuelve la facultad táctil y la del sentido muscular á tal extremo, que permite al anatómico practicar con acierto, bien vendado de ojos, muy arduas disecciones, como por ejemplo, la del globo ocular, por corte ecuatorial de la esclerótica, con revuelta, desinserción y desprendimiento del hemisferio esclero-córneo anterior, y revuelta del esclerótico posterior, dejando íntegros coroides, cuerpo ciliar é iris con todo su contenido. No cito otros alardes porque el que citado dejo vale por todos, según es de primoroso y arriesgado. Cuanto á la educación perceptiva del viviseccar, ésta va más derecha al perfeccionamiento del tacto directo, sin que deje por eso de influir en la del transmisivo; pero su gran ventaja sobre la educación disectórica está en hacer peritas las manos para definir al simple tacto los órganos según su especie, en cuanto vivos. ¡Qué diferencia entre la impresión que al tacto causan una masa intestinal, un diafragma, una serosa, una arteria, una vena, un órgano cualquiera viviente, y la que le producen muerto! Renuncio al intento de explicarlo. Para quien lo haya experimentado, la explicación estaría de más; para quien no, de menos.

En mis tiempos era facilísima cosa distinguir, en actos quirúrgicos, á los operadores improvisados en hospital ó en campaña, de los educados en departamentos anatómicos: aquéllos, temblones de manos y ávidos de *ver* por dónde se andaban; éstos, firmes de pulso, y poco dados á mirar su labor. Afortunadamente, las cosas han cambiado: el

arte operatoria, merced al trípode quirúrgico de la anestesia, la isquemia y el aseo, bajo el título de asepsis, ha ganado en comodidad industrial lo que ha perdido de aventura artística; mas por lo que dice á la Técnica exploratoria, su exigencia de previa educación disectórica y vivisectórica crece con las progresivas y nobles ambiciones del buen diagnosticar. Pues, ¡ahí es nada la educación topográfica y táctil que exigen diagnósticos como, por ejemplo, de tumores pancreáticos ó de luxaciones renales!

Ahora bien: en todo caso, conviene que los alumnos educandos en Técnica exploratoria dediquen algunos ratos de sala práctica á la *preparación y comprobación* de topografías anatomo-diagnósticas, siquiera de las más importantes regiones del cuerpo humano. Las *preparaciones* les darán por análisis, es decir, *à posteriori*, la topografía propuesta; mientras que las *comprobaciones* consistirán en penetrar *à priori*, ó sea á cadáver íntegro, mediante cuchillas ambífilax, por puntos del cuerpo, ora designados por autores de confianza, ora anteriormente determinados, en virtud de *preparaciones* previas, y de esta suerte, abriendo luego la parte herida del cadáver, *comprobar* el acierto ó desacierto de aquella *técnica estocada*, según el fin topográfico con que fué dirigida.

De estos ejercicios convendrá tomar notas y croquis con destino al enriquecimiento de la *Iconografía exploratoria* del Museo-Laboratorio de Patología y Clínica generales, en sus Secciones de originales diseños.

**Máxima II.**—Siempre conviene, mas hoy urge, educar á los alumnos en la sencillez instrumental y en la ausencia de toda afectación respecto á técnica exploratoria.

**COMENTARIO.**—Siga creyendo quien pueda en la infinidad del progreso general; pero nadie me niegue, porque están á la vista, estas dos verdades, á saber: 1.<sup>a</sup>, que cada particular ramo del humano saber tiene, como cada rama

de un árbol, un desarrollo finito, y 2.<sup>a</sup>, que, en cuanto un especial conocimiento, por llegado á su máximo desenvolvimiento natural, entra en decadencia, apodéranse de él, haciendo más patente ésta, los microbios del orden moral llamados pedantismo y charlatanismo, los cuales le ponen á morir de exageración y descrédito, si una reacción saludable no ocurre á salvar de la cuitada rama lo que tiene de verdadero y útil, á fin de perpetuarlo. Hoy todos los signos son de que la Técnica exploratoria, llegada en menos de un siglo á un grado de medro rayano de su término natural, va entrando en su decadencia. Anúncianlo las rarezas que se inventan y la prosopopeya con que muchos aplican ciertos procedimientos, ni más ni menos que el gongorismo y el culteranismo anunciaron la decadencia de las letras españolas, y el sofismo y el ergotismo señalaron la de la filosofía griega.

Oportuno será, pues, que en lugar de una lucha inútil con los charlatanes de instrumentos y los pedantes de procederes, emprendan los actuales maestros una saludable propaganda de reacción, á fin de evitar que en día no lejano, cayendo en desuso lo útil, arrastrado por el desprestigio de lo inútil, pierda la práctica médica, como tantas veces se ha dejado perder por irreflexión, elementos clínicos de un valor insustituible. Según veremos en su lugar, el mismo esfigmógrafo está amagado de caer en universal desuso. Baste para mi actual fin este ejemplo de instrumentos y procedimientos, víctimas de los desalmados parásitos, charlatanismo y pedantería (1).

---

(1) He aquí, como muestra de lo decadente que anda hoy el prestigio del esfigmógrafo, el juicio que de él y de sus resultados emite el doctor P. Duroziez, antiguo profesor clínico de la Facultad de París, y autor de una excelente obra especial: *Traité Clinique des maladies du cœur*, publicada en 1891, en cuyas 500 páginas no aparece ni rastro de trazo esfigmográfico:

«A l'aide du sphygmographe de Marey nous pouvons inscrire et conserver toutes ces variétés (las de pulsación arterial); malheureusement l'application del instrument est difficile et prend beaucoup de temps; elle ne se fait que sur

No quiero relatar los actos de verdadera depredación de que los enfermos son víctimas en algunos centros sedicentes cultos, bajo manto de sublimidades *exploratorias*, y otras genéricamente EXPLOTATORIAS, y aun con más propiedad, EXPOLIATORIAS. Hoy la penuria de la vida agrava los achaques crónicos de nuestro gremio, y lo único que á los actuales maestros es dado, en tal situación, se reduce, y no es poco, á mejorar el porvenir.

Así, pues, en lo técnico exploratorio interesa inculcar estas sencillas verdades:

1.<sup>a</sup> La moralidad del ánimo engendra serenidad; la serenidad predispone á despreocupación en todo, y donde se trata de instrumentos y procedimientos, la despreocupación conduce á la mayor simplificación posible de aquéllos y á la llaneza, á la naturalidad sin pretensiones en la aplicación de éstos.

2.<sup>a</sup> La simplificación y la naturalidad técnicas, mortales enemigas del charlatanismo instrumental y de la pedantería procesal, no causan pasajero asombro á las gentes, pero sí permanente respeto, y además ahorran en prosopopeyas un tiempo que puede invertirse en más visitas, mayor prestigio y más legítima ganancia.

3.<sup>a</sup> Los instrumentos sencillos son los más permanentes y portátiles, y los sencillos procedimientos resultan los más expeditos, seguros y veraces, puesto que, cuanta

---

la radiale; elle fait négliger les autres artères; on n'est pas absolument maître de la compression qu'on exerce; les tracés varient pour une même operation. Le procédé n'est pas impeccable; puis vient l'interpretation du tracé qui n'est pas uniforme. Nous avons vu le sphygmographe appliqué sur la radiale indiquer constamment un rétrécissement aortique; appliqué sur la brachiale indiquer une large insuffisance aortique, qui existait en effet. Nous n'avons pas toujours sur nous un sphygmographe marchant bien; nous avons toujours nos mains, et nos oreilles, nous admettons qu'elles sont bonnes. Nous renvoyons aux traités speciaux pour les tracés sphygmographiques.» (Pág. 72.)—No cabe mayor verdad de fondo, ni sequedad mayor de expresión acerca del esfigmógrafo y de las pocas garantías exploratorias que su empleo ofrece para el examen de enfermos.

mayor complicación de piezas, de tiempos y de reacciones, tanto mayor en progresión geométrica el cúmulo de contingencias. Desde hace más de veinticinco años mi primera prueba diagnóstica cualitativa y hasta cuantitativa *grosso modo* de los orines sospechosos de glucósicos, se reduce á pedir, á espaldas del enfermo, que en una copilla me traigan un carbón en ascua, y derramar en ésta una cucharadita de los sospechosos orines. En un instante, como éstos sean sacarinos, no sólo el médico, sino también los presentes exclaman: «¡azúcar!»; y si por la *cantidad* de la sensación se declara la presencia de la glucosa, evalúase á su vez por la intensidad perceptiva, siquiera provisionalmente, su *dosificación*. ¿Pues qué, la humilde nariz no es tan notario y fiel de fechos como los demás sentidos, y digno de fe cual ningún otro en negocios de su jurisdicción?

Ahora bien; el día en que la casi totalidad de la Técnica exploratoria quede reducida á tal extremo de simplicidad y de llaneza, los pedantes y charlatanes andarán normalmente, porque los verdaderos médicos, y con ellos el arte, estarán de enhorabuena.

Si con razón los franceses dicen «*ce qui n'est pas clair, n'est pas français*», con no menor fundamento pueden los médicos decir: «lo que no es expedito, no es clínico». El visitar, aunque sea á crónicos, es cadena de urgencias, por cuanto el médico, no disponiendo de obreros á quienes explotar, no puede acaparar demanda, pues en dando la media noche, todo recado que no ha podido cumplir rebasa ya del *jornal* de hoy para formar parte del de mañana. De suerte que, por motivos económicos y de deber profesional, el visitar es de suyo ocupación urgente, y de ahí la aversión de todo médico de gran visita á los procedimientos exploratorios prolijos y pedantescos.

**Máxima III.**—La Fisiología, como ciencia mitad precisa, mitad vaga, según se apoye en lo físico ó en lo vital, sugiere á la clínica dos suertes muy distintas de recursos exploratorios: unos de precisión, que se adoptan á perpetuidad; otros de estimación aproximable, que, después de adoptados con mayor ó menor entusiasmo, caen en desuso.—En cambio, los recursos exploratorios inspirados por el propio ejercicio clínico, aunque no tan aparatosos, quedan todos perennes.

COMENTARIO.—Las verdades encerradas en esta *máxima* nos permiten augurar con toda seguridad, desde la aparición de cada invento exploratorio, la suerte que á éste depara su mismo origen. Cuanto al contenido de la *máxima*, puede asegurarse que es verdad por derecho propio, es decir, que no puede dejar de serlo. La ciencia es fuente de aplicaciones firmes; es madre del arte, á condición de ser ciencia constituida y perfecta, ciencia de precisión, pues cuando no posee ó donde no alcanza este carácter, mal puede dar lo que no tiene, y sus aplicaciones adolecerán de vaguedad por prematuras, y carecerán por tanto de condiciones prácticas, ó las tendrán muy escasas. Y por lo que dice á las novedades exploratorias nacidas del arte mismo, también *à priori* se comprende que, ó no se dan, ó han de nacer viables, puesto que son hijas del mismo espíritu clínico, á quien no se le puede ocurrir más que lo práctico.

Ahora, para comprobar cada cual *à posteriori* la verdad de mi *máxima*, bástale ver lo que la suerte va deparando á los diversos inventos exploratorios. Para orientar al lector pondré como elocuentes ejemplos: 1.º, con cargo á la *Fisiología precisa*, los diversos procedimientos oftalmométricos y oftalmoscópicos, que en su lugar van enumerados, y que no perecerán merced al matemático rigor de su origen fisio-físico; 2.º, con cargo á la *Fisiología vaga*, ó de estimaciones aproximables, el esfigmógrafo y los procedimientos hematiométricos, amenazados de caer en desuso, después de exagerado predicamento, y 3.º, con cargo á los

de origen práctico, la percusión, la auscultación y el doble invento del preclaro y sabio cantor español Manuel García, ó sea el laringo y el autolaringoscopio, acerca de los cuales todo médico ve que, á despecho de las frecuentes dificultades de aplicación, no habrá modo de que caigan en desuso (1).

Muy útil será, pues, por económico de ilusiones y desengaños, inquirir de cada novedad técnica instrumental ó procesal, cuál es su origen, á fin de no fijar en ella mayores esperanzas de las que por su filiación se merezca, diga ó haga el mundo médico, tan propenso á entusiasmos por el último figurín, lo que se le antoje.

No por esto entienda nadie, y menos que todos quien enseña, quedar excusado de conocer y ensayar y dominar todas las novedades posibles. Recuérdese que, si Sus Eminencias los Cardenales de la Congregación del *Index* no tuviesen la franquicia y además el deber de enterarse de todos los libros, buenos y malos, aparecidos, la Cristiandad no hallaría modo infalible de saber cuáles son los que salieron á luz para condenados.

---

(1) No puedo menos de recomendar para los efectos de mi distinción entre las aplicaciones *precisas* y las simplemente *aproximativas ó vagas*, de los procedimientos fisiológicos á la clínica, la lectura de la excelente *Fisiología de la circulación en el cuerpo humano con aplicaciones á la patología y á la terapéutica*, libro original del distinguido catedrático de dicha asignatura en Cádiz, y editada á principios del corriente año de 1894. Además de las numerosas contribuciones experimentales y de la superioridad de criterio con que el autor ha dado un carácter eminente á su obra, es tal la claridad que domina en su contexto, y tan serena la despreocupación que en éste campea acerca de las aplicaciones á la Patología y á la Terapéutica, que resulta muy fácil distinguir en el referido libro qué es lo que la Fisiología actual ofrece respectivamente de *preciso* ó de *vago* al Arte de curar.

Después de entrado en prensa el original de estas páginas, recibo y leo otra nueva producción, la *Fisiología del cerebro*, del propio benemérito colega Doctor Gómez Ocaña; libro más nutrido aún que el primero en labor experimental genial y propia, y donde, como en la primera, la clara distinción entre lo *preciso* y lo *vago* de la ciencia de la vida, aun en sus psíquicas manifestaciones, sobrepuja cuanto en tan ardua tarea han alcanzado los más eminentes escudriñadores del gran misterio psico-encefálico.

Todo magisterio implica, por tanto, el derecho y el deber de inquirir y dominar cuanto de bueno y de malo atañe á su campo docente, á fin de juzgarlo con todos los prestigios que el oficio de maestro necesita.

**Máxima IV.**—La perseverante ejercitación instrumental exploratoria produce dos beneficios: uno, «primitivo», el del correcto empleo de instrumentos, y otro, «consecutivo», el de un aumento notabilísimo de la facultad perceptiva natural, ó á sentido desarmado.

COMENTARIO.—POR ser de evidencia inmediata lo concerniente al beneficio *primitivo*, nada he de añadir á su enunciado; mas, en punto á lo segundo, comenzaré por llamar la atención acerca de lo imposible que á los médicos es llevar siempre detrás ó por delante, ya que en las manos ni en los bolsillos no puede ser, toda la balumba de un arsenal exploratorio á la moderna. En la consulta casera puede cada médico tener á mano en su propio gabinete cuanto hubiere menester, pero en la visita por ciudad, y más aún por montes y collados, harto tiene cada galeno, á pie ó caballero forzado, con la pesadumbre de su cuerpo y la no menor de su tarea. Cuando se va á cosa hecha, como suelen los especialistas de nota, llévase uno con resignación hasta una caja entera operatoria; mas que el pantiatra, ó médico de visita general, lleve consigo, y *tan sólo por si acaso*, una *impedimenta* de exploratorios como los actuales, lo que es esto, por anti-práctico, ha de nacer quien lo viere.

Poderoso recurso para resolver en gran parte este conflicto, nos ofrece lo que llamé «beneficio consecutivo» del ejercicio instrumental. Así, por ejemplo, á fuerza de aplicar el termómetro en la axila, nos educamos en percibir una relación empírica positiva entre un grado de calor *visto* en la escala termométrica y el mismo grado de calor *sentido* á favor de nuestra mano al colocar en la axila el

instrumento, y asimismo, por virtud de mucho emplear el esfigmógrafo, nos educamos en apreciar otra relación: la de un determinado latido radial, *visto* de aumento y analizado por sí mismo en la cartulina ahumada, y la del propio latir *sentido* en nuestros digitales pulpejos; resultando (á poco que en ello se ponga empeño), que paulatinamente nos vamos haciendo más finos en el natural percibir, hasta poder, sin termómetro, estimar, por tacto de axila, el justo ó muy aproximado grado termométrico de la temperatura real del enfermo ó, sin esfigmógrafo, percibir, siquiera en lo más característico de sus trazos, la variedad gráfica de aquella curva ondulatoria.

Para llegar á esta altura de educación perceptiva, y á la consiguiente posibilidad de sustituir por el propio sentido el instrumento, no hay que ser ningún genio, ni siquiera consumado maestro: quien por tal lo sepa hacer, ponga á prueba, á favor de metódicos ejercicios, á cualquier estudiante dotado de manifiesta vocación médica, y antes de un mes verá ya cómo empiezan á lucirle sus esfuerzos.

Si se trata de cosa más sencilla, como la supresión del pulsímetro, confiando la cuenta al dictamen del propio sentido práctico, el progreso se verá más pronto; á las dos semanas de cotidiano ejercicio, comparativo y variado, de contar por minuterero y calcular por *estimación habitual*, ya el alumno, como no sea un torpe de los destinados á tristes feriados, da á solo tacto durante 5 ó á lo sumo 10 latidos unas valuaciones notablemente aproximadas. Los resultados de estos ejercicios no pueden ser más satisfactorios.

**Máxima V.**—Para ejercitar provechosamente la exploración patológica clínica, es indispensable el previo ejercicio de la fisiológica en el vivo, para lo cual la prestación de los alumnos á su mutua exploración constituye el modo más expedito y económico.

COMENTARIO.—Acerca del universal descuido de este ejercicio previo nada diré, por ser notorio; tocante á su utilidad tampoco, por ser de evidencia inmediata el principio de que en toda relación debemos conocer sus términos, y que, por tanto, mal podrá afirmar si está anormal, verbigracia, una glotis, quien en su vida la ha visto en estado fisiológico.

En cambio consignaré que en esto no ha lugar á admitir como fuente del conocimiento de lo normal la Fisiología y la Anatomía clásicas. Aquí se trata del conocimiento real objetivo, intuitivo, empírico, de vista de la normalidad viva, como término de relación con la viviente anormalidad; conocimiento que anda por las nubes, así en Anatomía como en Fisiología. De un muerto cabe esperar-lo todo menos que parezca vivo, y sus aspectos de lo normal difieren mucho de la normalidad animada, bien como difieren, según dije en el comentario á la *Máxima I*, las condiciones apreciables por tacto, del vivo y del muerto. Así, v. gr., quien sólo ha visto una glotis normal de cadáver, toma por inflamada una glotis viviente sana. Y por lo que dice á la noción de lo normal humano, los datos suministrados por la más experimental de las enseñanzas fisiológicas admitidas no pasan de elementos de juicio, no llegan, sino muy rara vez y de soslayo, á representaciones reales objetivas.

Cuanto á la prestación mutua de los alumnos mismos á constituirse en sujetos de exploración normal, afirmo por experiencia que, por lo que á ellos dice, ningún obstáculo presenta; la juventud es como la prensa, vive de novedades y acepta ésta como tal, porque es á la par instructiva, chocante y distraída. Quien tiene en tales ejercicios

de laboratorio muy delicada misión que desempeñar, es aquel que los dicte y dirija. Esta misión, cuya clave está en las personales condiciones de suficiencia técnica y de autoridad, queda satisfactoriamente cumplida, atendiendo á estos tres extremos: 1.º Que el número de alumnos citados para formar sección en esta clase de ejercicios, no pase de seis. Mayor número ya constituyen *público*, dando pie á que el ejercicio se transforme en espectáculo.—2.º Que las exploraciones propuestas no exijan más desnudez que la máxima convenida para ejercicios gimnásticos en buena sociedad, ó sea la desnudez púdica. (Déjense ya suponer las condiciones higiénicas del lugar según la estación y las de honestidad respecto á indiscreciones de extraños.)—3.ª Que, según leal saber y entender, no sea elegido para objeto de una determinada exploración alumno alguno cuyo hábito exterior no sea garantía de sanidad respecto del órgano, aparato ó sistema sobre el cual aquélla deba realizarse. Este extremo debe formar la regla de criterio: primero, para la previa designación de alumnos de cada sección; y segundo, para el reparto de oficios de explorador y explorado, dentro de ella, y para la elección de temas exploratorios que se le deban ó puedan señalar.

**Máxima VI.**—Siendo los actos de percepción esencialmente subjetivos, debe todo maestro arbitrar recursos que le proporcionen indirecta, pero terminante certeza de que el alumno ha percibido aquello que se le ha ordenado explorar.

*Observación.*—Certeza perfecta de que una tercera persona *no* ha percibido, no hay humano medio de obtenerla, mas este caso negativo jamás tiene para el presente objeto el más mínimo interés. A todo estudiante trae cuenta simular capacidad; á ninguno fingir torpeza.

**COMENTARIO.**—Procedamos con método. Entre los cinco sentidos clásicos, el gusto no figura como exploratorio

directo de lo individual. El olfato no da lugar á dudas, por ser de efecto colectivo los olores. El tacto ya empieza á ofrecer casos de duda acerca de los datos suministrados á tercero, bien sea por lo recóndito del órgano que la mano debe directamente alcanzar, bien por haberse de apelar al tacto por transmisión, si el órgano es inaccesible á la mano. En suma; que ya en esto podemos ser engañados. Del oído y la vista, en fin, diré que en tratándose de ruidos, sonidos, formas y colores, á duras penas perceptibles por un solo observador en un momento dado, no hay forma de averiguar si aquél que explora ha visto ó dejado de ver, ha oído ó ha dejado de oír aquello de que él tiene á un tiempo cierta noción por lectura y positivo interés en que se crea lo ha visto ú oído.

Ahora bien; contra el fingir del tacto hay estos dos arbitrios: Si es directo de cavidades y practicado en el cadáver, según procede, se colocará en algún recodo de su fondo algún cuerpo extraño tenue, como cabello, hebra de hilo ó seda, etc., y si el caso fuere de tacto por transmisión (que ya pueden ser en el vivo la torácica y la abdominal), ordénese al alumno explorador proceda á marcar con lápiz dermatográfico los contornos, y por signos convenidos *D* y *B* de las cualidades de *duro* y *blando*, las diferentes áreas clínicas en que percibe dividida la propuesta región. No constituye absoluta garantía en lo normal esta prueba; pero bien explotada, cerca le anda, y aplicada á exploración de casos patológicos, nuevos para el explorador, resulta concluyente.

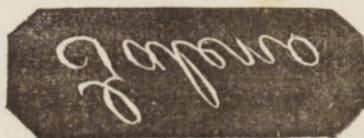
Contra el fingir auditivo, en funciones de auscultación torácica, abdominal, cervical, etc., el mejor recurso que he hallado, consiste en obligar al alumno á ingeniarse por remedar fonéticamente aquello que afirma haber oído. También para cerciorarse bien el maestro de la realidad de estas percepciones del discípulo, hay que apelar, como para las táctiles, á casos patológicos, y cuanto más éstos

se aparten de las descripciones corrientes, tanto mejor.

Mas, contra el fingir de la vista, la prueba que años ha tengo adoptada, no puede ser más terminante. No se da en sanos ni en dolientes; se da en maniquies. Para la debida brevedad, expondrela en forma de receta.

Tome el profesor aquella cierta cajita accesoria del *oftalmo-fantasma* de Perrin, que contiene una docena de casquetes oculares posteriores metálicos de recambio, con sendas pinturas de engaña-bobos, representativas de diversas afecciones retino-coroideas y, sacando de la caja los dichos doce casquetes, échelos en una aljofaina medio llena de agua. Como que las tales vistas oftalmopáticas están pintadas á la goma ó á la miel, sobre esmalte blanco, quedan los casquetes en poco rato, por completamente despintados, más útiles que pintados. Lávense bien; séquense y guárdense para soporte de sorpresas ópticas en ocasión oportuna.—Llegada ésta, elijanse de un libro inútil, pero abundante en nombres y fechas célebres, una docena de éstos, y recórtense de grandor proporcionado al fondo de los metálicos casquetes. Péguesele á cada cuenca de esmalte uno de los recortes, en dirección conocida respecto de la guía ó encaje del botón metálico exterior; séquense; colóquense en su cajita; ciérrese ésta y, sin que nadie sepa cuáles acertijos van dentro, llévesela el profesor, en un bolsillo oculto, al lugar de los ejercicios óptico-exploratorios, con aplicación, tanto al *oftalmocuento* al *laringo-fantasma*. Ahora, para los elementales de oftalmoscopia, colóquese el casquete metálico de prueba, de modo que el letrerito, suponiendo, v. gr., que dice «GALENO» quede, ó tal como aquí, ó de este otro modo, «ONETVQ» invertido, según se disponga que sea directa ó inversa la exploración. Para los tanteos de laringoscopia, deposítense boca arriba, como una copita, uno de los mismos casquetes oculares en la fosa de gamuza que representa detrás del *fantasma* una glotis humana; pero

hágase que en ella la imagen se presente, suponiéndola mirada desde arriba, de este modo: «GALENO», tal y como para directa ordinaria lectura, con lo cual se aparecerá invertida incompleta, ó sólo de arriba á abajo, á la vista del explorador. Esta inversión no hay tipo de imprenta para representarla, y labrada *ad-hoc* resulta



y, si bien en los primeros ensayos se hace difícil de leer, luego, con un poco de hábito y con el uso exclusivo de nombres propios conocidos y de fechas en cifra, la dificultad no pasa de un mayor estímulo de la atención.

Como quiera que oftalmo- y laringoscopia son, entre las arduas exploraciones ópticas, las de aplicación más obligada en la esfera general de la clínica, resulta que, vencida en estos dos órdenes la dificultad perceptiva, vencida queda para los demás de la ordinaria aplicación. Acerca de esto, el profesor de Clínica general, con lograr que los exploradores perciban bien aquello que, sobre requerir fina percepción, es además inesperado, ya cumplió con su cometido. Quien hoy logra ver que un fondo ocular dice GALENO, mañana sabrá percibir que otro fondo ocular ofrece un DESPEGAMIENTO de retina ú otra alteración cualquiera. Para ello, después de estas pruebas y del examen de ojos normales y vivos, le serán presentados al alumno casos patológicos por el mismo profesor, á título de incógnitas en el vivo y para sólo el efecto de que el alumno, sin entrar en calificaciones para él desconocidas, describa sencillamente lo que percibe.

Aún hay más: por este procedimiento, las mismas tentativas de lectura del alumno delatan al profesor ciertos vicios de procedimiento imperceptibles, pero graves, en que aquél incurre y que en el acto puede enmendar. Así,

por ejemplo, si el propuesto recorte fuere la fecha de la irrupción de los árabes en España, y el muchacho no saliese de decir «veo un **11**», podría el maestro decirle cuáles movimientos debía hacer (según se ejecutara oftalmoscopia directa ó inversa, ó laringoscopia), á fin de que comparciese el rebelde «**7**», descubriéndose con esto la cifra completa «**711**».

En suma: los descritos ejercicios reúnen estas tres excelencias: 1.<sup>a</sup>, dar al maestro seguras garantías de que el discípulo desaplicado, pero ingenioso, no podrá reirse de él, contándole que ve lo que *quizás* él se improvisa, fantaseando sobre retazos de aquello que de oídas sabe que va á ver, por ejemplo, vasos, papila, arteria central, etc.; 2.<sup>a</sup>, ser de extraordinaria utilidad para resolver el fundamental problema general exploratorio, que es saber percibir; y 3.<sup>a</sup>, tener para los alumnos, con ser tan riguroso sistema, un verdadero y sostenido atractivo. Ello se concibe por ser un sistema que lleva envuelto su fondo de utilidad bajo la apetitosa forma del acertijo.

**Máxima VII.**—Progreso no es traslación; es vegetación: conviene, pues, no abandonar en arte alguna, y consiguientemente en la exploratoria, lo viejo por lo nuevo, sino organizar lo uno con lo otro jerárquicamente, como el árbol al crecer lo va haciendo con sus ramas.

COMENTARIO.—Carácter negativo de toda invención reciente es el no superar nunca en absoluto lo análogo de las ya añejas invenciones; y así, acudiendo á vulgar, y por lo mismo elocuentísimo ejemplo, el montar trajo excelencias nuevas, mas no iguales en calidad, á las del andar á pie; y el arrastre en carro ó coche trajo las suyas flamantes, mas no iguales en naturaleza á las de caminar é ir en caballería; de suerte que, porque hoy viajemos en tren ó mañana volemós, no por eso, ni mañana ni hoy, podremos pasarnos de aplicar á mil y un casos de la vida el funda-

mental, prehistórico y por demás socorrido medio locomotivo de ir y venir por nuestros pies.—Esto consiste en que cada cosa tiene para el hombre, junto á *peculiares* inconvenientes, *peculiares* excelencias.

Muy mal haría, por tanto, quien, enseñando técnica exploratoria general, infundiera á sus alumnos el menosprecio de los viejos procedimientos, puesto que en cada uno de éstos hay algo que los nuevos no pueden dar, en cambio de proporcionar éstos positivas ventajas que de aquéllos no obtuvimos. Todo lo cual, debidamente acumulado, acrecienta el legado de los siglos á cada sucesiva generación.

En efecto; poniendo como ejemplos la exploración de la temperatura, la del pulso y la de los interiores ruidos, fácil será reconocer las ventajas de la *acumulación* de los procedimientos viejos á los nuevos. En la estimación de temperatura el termómetro nos da con precisión el grado de calor, pero nada más; en cambio la palpación nos suministra, á la vez que el dato meramente aproximado del calor, notas precisas del orden higrométrico de la piel, así de la cantidad y de la calidad del humor transpirado como, en contrario caso, del grado y modo de sequedad cutánea; datos de grande interés clínico, representados por calificaciones técnicas que, por derecho propio, persistirán en uso. En la exploración del pulso, el esfigmógrafo nos muestra por trazos amplificados permanentes los menores detalles del ciclo diástole-sistólico arterial, trasunto, á su vez, del ciclo sistole-diastólico cardíaco; mas para la apreciación, y muy precisa, de los otros elementos hidráulicos del movimiento arterial, como son dureza y blandura, grandor y pequeñez, regularidad é irregularidad, etc., etc., ¿puede ocurrírsele á ningún práctico aguardar á traducirlas mentalmente del trazo esfigmográfico pudiendo, como puede, recibirlas directa, fiel é instantáneamente, y además á todas horas por digital percepción? Y, finalmente, por lo que dice á instrumental auscultativo, ¿no estamos viendo la

ventajosa competencia que la antigua, la ya hipocrática auscultación inmediata le está haciendo desde la data misma del estimable invento de Laennec á la mediata? El estetoscopio llenó tres importantes indicaciones: el respeto á la honestidad del cliente, la garantía de indemnidad del médico y la reduccion á voluntad del campo acústico; el resto, ó nada menos que el buen percibir, quedan á perpetuidad en favor de la auscultación inmediata ó primitiva.

**Máxima VIII.**—En toda colección de observaciones en serie de un determinado fenómeno, representables por valores aritméticos, la utilidad de la anotación de éstos sólo se hace efectiva por virtud de su definitiva representación en valores geométricos (gráficas).

COMENTARIO.—Los números hablan al entendimiento; las líneas, no sólo hablan á éste, sino también á la imaginación y, consiguientemente á la memoria, por mejor y más naturalmente impresionada de líneas que de números. Las gráficas, en efecto, además de indicar, como las cifras, la sucesión de valores de un determinado fenómeno durante un tiempo dado, poseen la virtud de *retratar* el proceso de aquel fenómeno. Clarísimo ejemplo de ello es la gráfica térmica de una fiebre intermitente, regular ó irregular. Tanto en la regular, como en cuantos casos y variantes de irregular se nos den, la sola vista de la gráfica nos retrata, por la sucesión de sus dentellones, más ó menos altos, pero todos radicando en la línea del calor normal, *un proceso intermitente*, al par que cada una de las diversas gráficas, representación de sendos casos de tipo, intensidad, regularidad ó irregularidad diferentes, dentro del género «intermitencia», nos muestra el peculiar retrato de un particular caso, y todos juntos nos revelan, por comparación, el *aire de familia* de aquellas fiebres. Este resultado lo dan, aunque en grados diversos, las demás familias de datos numéricos en serie, al ser con-

vertidos en gráficas. Será, pues, conveniente promover en el ánimo de los alumnos cierto horror á guardar amortizadas en cartera sus notas aritméticas de toda observación hecha por series exploratorias. Basta para ello con que, vencida su primera repugnancia á trabajar en papel cuadriculado, vean por sí mismos cómo les luce el trabajo, y cuánto mejor se les graba en la mente el resultado del mismo.

**Máxima IX.**—En casos graves agudos, para que las gráficas procedentes de series exploratorias sean eficaces, en cuanto legítimo retrato cada una según su especie del proceso morboso, es necesario que tengan por base la mayor frecuencia clínicamente posible de los actos exploratorios. Sin esta condición pueden las gráficas producir, en lugar de retratos procesales, figuras engañosas.

COMENTARIO.—La gravedad y la agudeza son al retrato de una función de tiempo lo que el cúmulo de caracteres y la intensidad de éstos son al de una función de espacio, y bien como en el retrato de una persona ejecutado en el reducido campo de un alfiler de pecho, las facciones se hallan tan cercanas unas á otras que se confundirían en forma y color si no fuese por la diligencia del artista en variar con gran frecuencia la tinta en que moja su pincel, del propio modo, para que las frecuentísimas variaciones de un proceso agudo queden representadas en el retrato gráfico de éste, es preciso que, con proporcionada frecuencia, repita el observador sus actos exploratorios, verdaderas pinceladas detalladoras de aquel clínico retrato.

Del número de observaciones diarias no considero práctico intentar una determinación, pues ésta se halla subordinada, no sólo á la indicación misma de la utilidad, pero también, y muy imperiosamente, á la naturaleza de cada fenómeno y á la índole, cómoda ó incómoda, expedita ó prolija, del procedimiento. Únicamente, como criterio para dicha determinación, diré que, en mi sentir, las horas más

abonadas para recoger datos elocuentes sobre toda clase de fenómenos de proceso, así agudo como crónico, son éstas: salida del sol, medio día, puesta del sol, media noche y entre tres y cinco de madrugada (1.<sup>a</sup>, 3.<sup>a</sup> y 5.<sup>a</sup> van indeterminadas, como horas, por variar éstas con la estación). El fundamento práctico de este consejo está en que ocurre á menudo, á pesar de dos y aun tres observaciones diarias, el hecho lamentable de que al médico se le pasen inadvertidas ciertas agravaciones ó remisiones muy acentuadas que no eran de esperar, y que gracias si alguna vez el acaso ó la perspicacia de los asistentes las descubre, y como esto ocurre, por regla general, en horas de suyo críticas, nada tan seguro como la elección de éstas para las exploraciones, siquiera en lo tocante á las cinco que forman como el medio término práctico de la frecuente exploración. (V. mi *Horario de la irritabilidad*, PATOL. GRAL., t. II, págs. 828 y siguientes.)

Daré punto á esto consignando que la conveniencia clínica del frecuente explorar, sobre todo en afecciones febriles agudas, constituye el más fuerte de los motivos que nos incita á simplificar y hacer cómodos para el enfermo los diversos procederes exploratorios.

**Máxima X.**—Si es muy malo sobrecargar de impertinencias la memoria del alumno de tercer año con la lectura de todos los signos morbosos que cada órgano del cuerpo pueda ofrecer, muy bueno es, en cambio, proporcionarle, sin trabajo mental sensible, el mayor número de nociones intuitivas prácticas que durante el mismo año se le puedan poner á la vista.

COMENTARIO.—Tan cierto es el adagio latino *fabricando fit faber*, como el latinajo mío *discurrendo fit sapiens*, que le pongo de añadidura; pues demostrado tengo que, si rígido soy en lo de razonar con los más apurados atildamientos de que soy capaz cuando se trata de hacer doctrina, iguales pruebas llevo dadas de que no estoy para razones en cosa de suyo práctica, ejecutiva. Así es que

con ser autor, bueno ó malo, de una obra en tres tomos sobre la teoría de la enfermedad, y darme en este libro á discurrir sobre lo racional perpetuo de lo clínico, no puedo, materialmente no puedo hojear siquiera la Semeiótica de Bouchut y otras similares tuyas, sin sentir algo como golpes que me dieran en el mismísimo cerebro. No lo resisto; he de cerrar el libro.

No; no es así como han de entrar tales nociones, porque, sobre el mal de no entrar, derrocha el alumno, en la porfía de que le entren, una dosis de energía cerebral que hubiera podido invertir en más congruentes y útiles empeños.

Lo práctico, por práctica entra, sin pena, sin violencia, con voluntad y gran gusto. De ahí que todo lo real por tal modo aprendido arraiga en la memoria, como en tierra agradecida al apropiado cultivo, no olvidándolo nunca, jamás. Así es que, bien administrado el tiempo, según más adelante detallaré, cada año los alumnos de Clínica general recogen abundante cosecha de impresiones semeióticas particulares, adquiriendo en las diversas enfermerías noticias sintomográficas vivas de cuanto digno de ser visto, ó por frecuente ó por raro, en las salas se presenta, y teniendo á la vista en el Museo-Laboratorio las colecciones iconográficas de hechos y objetos, unas cubriendo las paredes y conservadas otras en sendas carteras, para frecuentes ejercicios de conocimiento ó reconocimiento práctico. Luego, en los ejercicios sobre productos reales, sucede que los discípulos, al encontrarse en la platina del microscopio con cristales de ácido úrico, por ejemplo, y aunque sean de xantina ú otro producto no frecuente, lo reconocen sin ningún esfuerzo, como cosa ya conocida *de vista*.

Tal es la solución más natural al problema de que el alumno de Patología y Clínica generales adquiera, además de la capacidad práctica de conocer y manipular, que

es lo debido en su enseñanza, un caudal de experiencia de hechos y cosas particulares que, sin invadir las atribuciones docentes de los demás catedráticos de Patologías y Clínicas especiales, le anticipen sin penas de entendimiento ni violencias de memoria, un contenido de experiencia propia muy considerable.

**Máxima XI.**—En todo acto exploratorio, la identificación del explorador, ó del instrumento aplicado, ó de entrambos, con el cuerpo del sujeto explorado, es condición necesaria para la conformidad del resultado obtenido con la realidad que motiva la exploración.

COMENTARIO.—Quien conozca técnicamente diversas artes habrá observado que en todas, así en las liberales como en las mecánicas, es éste un principio capital del éxito ejecutivo. Y aun más y mejor habrá notado que esta identificación del artista y su instrumento, ó de ambos á dos con el objeto, se va acentuando al compás del calor ejecutivo del artista, y que el éxito de éste acrece con ese mismo calor de identificación.

Aplicada á la exploratoria clínica, esta verdad toma forma concreta dividiendo el caso en tres variantes del mismo hecho de identificación material.

*Caso 1.º* Identificación directa por adaptación inmediata del cuerpo del explorador al del explorado. Ejemplos: percusión y auscultación inmediatas, esfigmoscopia digital, etc.

*Caso 2.º* Identificación indirecta por adaptación del instrumento al cuerpo explorado. Ejemplos: termometría, esfigmografía, espirometría, etc.

*Caso 3.º* Identificación conjunta de los tres factores, médico, enfermo é instrumento, por la directa de éste con ambos á dos, resultando una adaptación total por identificación indirecta. Ejemplos: oftalmoscopia, auscultación mediata, histeroscopia, cateterismos en todas sus variedades y fines, etc.